

Chascon contra Tarzán



EL DRAGON del
MAGO FEO

Chascon
Revista de Fiestas

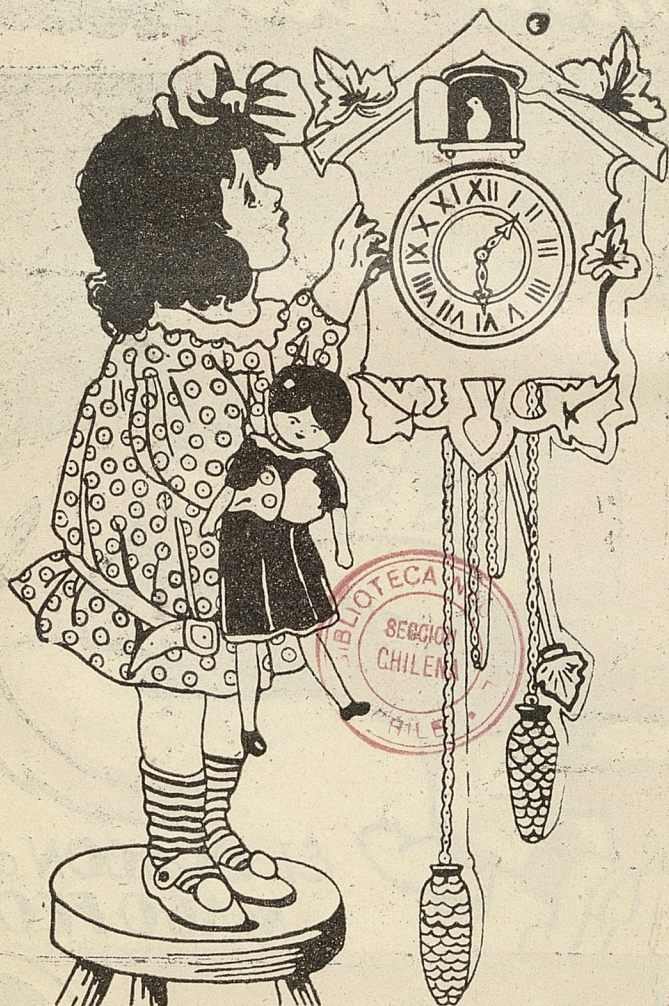
Nº 2

Año 1

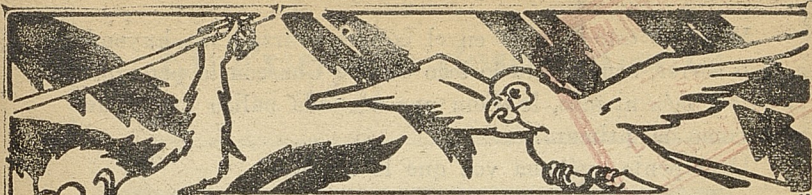


30 Abril de 1936

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Cantó la hora el cuclillo: la una y med'a. Entonces Margarita pensó que ya era tiempo de que su muñeca durmiera la siesta.



Chascón contra Tarzán

En el número anterior vimos que Chascón, rotito chileno, es valiente y forzado. Desde el sur del país salió en viaje hacia los bosques, en busca de Tarzán, deseoso de medir sus fuerzas con él y convencido de que iba a derrotarlo.

Pues bien: sabemos ya, en la primera pelea que tuvieron, Chascón consiguió el triunfo más completo. Le dió a Tarzán una paliza tremenda, que lo obligó a huir avergonzado, en medio del asombro de todos los monos que se habían reunido a presenciar el combate.

Chascón se quedó contentísimo. Los monos, al verlo triunfador, se agruparon en un rincón del bosque y deliberaron un rato:

—Hay que coronarlo — dijeron—. Este hombre merece ser nuestro rey.

Y como los monos, en cuanto piensan una cosa, la hacen en un abrir y cerrar de ojos, corrieron hacia donde se encontraba Chascón y, después de pasearlo en triunfo por entre los árboles, dando grandes gritos de alegría, le pusieron solemnemente la corona en su cabezota despeinada.



Mientras esto sucedía en el bosque, Tarzán iba huyendo a todo correr, con un miedo loco de que Chascón lo persiguiera y, sin más ni más, le diera una segunda paliza tan espantosa como la primera.

De repente oyó una voz que le llamaba:

—Tarzán, ¿por qué huyes así? ¿Dónde vas, Tarzán?—le decía la voz.

Tarzán, extrañado, se detuvo. Entonces vió frente a él a un hombre muy alto, con un bonete rojo metido hasta las orejas

—¿Quién eres?—le preguntó Tarzán.

—Yo soy el Mago Feo—le respondió el hombre.

Entonces Tarzán le contó su desventura. Le dijo que cuando los monos lo iban a convertir en rey, apareció un hombre en el bosque y lo desafió. Entonces peleó con él y fué vencido por el recién llegado. El Mago Feo se rascó la cabeza, cosa que casi siempre hacen los Magos cuando se ponen nerviosos, y le dijo con voz de trueno:

—Tarzán, conviértete en dragón.

Inmediatamente, Tarzán sintió que le crecía la boca, que le nacía una cola tremenda y que sus garras se enroscaban, filudas, hacia arriba y hacia abajo.

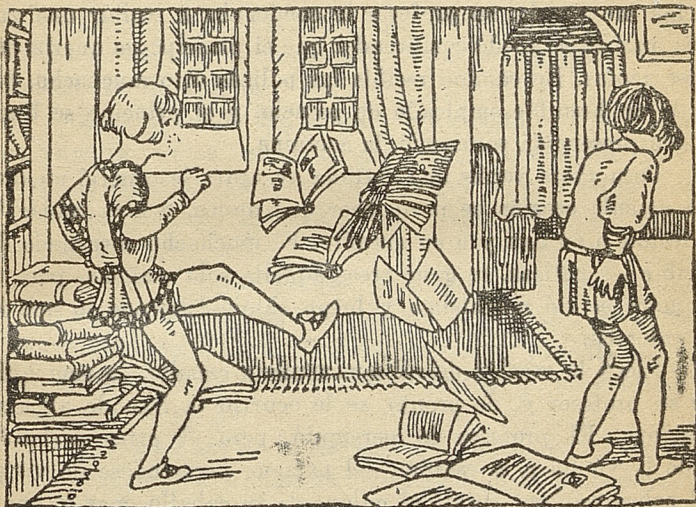
Tarzán, metido dentro del gigantesco dragón, estaba muy satisfecho. ¡Por fin iba a poder castigar a Chascón en debida forma!

Se despidió, pues, del Mago y echó a andar hacia el bosque. Por la boca despedía fuego y sus rugidos hacían temblar hasta el mismo cielo.

Los monos lo vieron venir y temblaren... Chascón se preparó entonces para el combate...

(Busque en las páginas centrales los dibujos que cuentan el segundo combate de Chascón con Tarzán. — ¿Quién triunfará?...)

El Príncipe desobediente



El pobre muchacho había recibido ya trece palizas

El príncipe Anibal Jaime era el niño más desobediente y mal educado que se pueda imaginar. Hacía muecas a sus maestros, tiraba con frecuencia del gorro de su aya y contestaba con el mayor descaro a todo aquel que se atrevía a reprenderle.

Su padre, el rey, lo mimaba con exceso y lo mismo hacía la reina. Imaginábanse que el príncipe era el niño más encantador, inteligente y amable del mundo entero y aun cuan-

do se portaba mal, se limitaban a sonreír cariñosamente, diciendo que era muy gracioso.

Ya se puede imaginar que el principito era muy antipático, pero nadie se atrevía a decírselo y, por lo tanto, sus defectos aumentaban por días. Cuando llevaba a cabo alguna acción muy mala, su profesor le condenaba a recibir una zurra; mas ya se puede comprender que el príncipe no quería dejarse azotar. En cambio recibía las palizas otro muchacho, hijo de un humilde empleado de palacio, y el príncipe se limitaba a presenciar, sonriendo, la azotaina.

Pero ahora veréis qué extraña aventura le ocurrió un día. En aquella ocasión se portó peor que nunca, e hizo rabiar lo indecible a su aya y a su maestro. El muchacho encargado de recibir las palizas, se ganó trece aquella sola mañana, pero el príncipe se rió muchísimo y luego siguió haciendo lo que se le antojaba.

Llegó la ocasión de salir montado a caballo, en compañía de su profesor y, de pronto, se le ocurrió la idea de alejarse algalope. El profesor lo persiguió, pero el príncipe había dado la vuelta a la esquina del palacio, perdiéndose de vista. El pobre profesor siguió al galope de su caballo, mas se equivocó de camino y ya no pudo ver a su discípulo.

Este muy satisfecho, llevó su caballo a un bosque y se dispuso a atravesarlo, felicitándose por haber engañado a su profesor. Recorrió así algunos kilómetros y, por último, decidió regresar al palacio para comer, porque tenía mucha hambre.

Pero, con gran desesperación por su parte, no tardó en advertir que se había extraviado. Llevó su caballo de un lado a otro, mas sin que pudiera encontrar su camino. Y cuando seguía al galope una senda, vió, de repente, a un muchacho de una edad parecida a la suya, que se dirigía hacia él.

—¡Sal del paso o te atropello! — le gritó el príncipe, con la mayor altanería.

Aquel muchacho se detuvo en seco y miró, sorprendido, al príncipe. Luego se echó a reír y, cruzándose de brazos, replicó:

—¡Sal tú del paso, si quieres! ¿Cómo te atreves a darme órdenes?

—¿Sabes quien soy, mendigo? — exclamó el príncipe, furioso. — Soy el príncipe Aníbal Jaime, de modo que ten cuidado con la lengua.

—Muy bien, Aníbal Jaime — contestó el chico. — Poco me importa quien seas y no creo lo que acabas de decirme. Tengo la seguridad de que los príncipes no se conducen como tú. Además, no soy mendigo, sino Pedro, el hijo del leñador, que trabaja para vivir.

—¡Paso — gritó, furioso, el príncipe — o te atropello!

Tiró de las riendas del caballo, pero Pedro se apresuró a coger la brida. Luego, irritado, derribó al príncipe al suelo. Este no acababa de creer lo que le sucedía y, en extremo colérico, se puso en pie.

—¡Te haré cortar la cabeza! — exclamó—. Pero antes voy a pegarte. No te muevas, que voy a darte un puñetazo.

Pedro se echó a reír, y cuando el príncipe se disponía a pegarle, lo cogió por la mano y retorciéndosela, le dió al mismo tiempo, tres o cuatro puñetazos. El príncipe, que nunca había recibido ningún golpe, se puso a aullar de dolor.

—¡Criminal! — exclamó llorando. — ¿Cómo te atreves a tocarme?

—Si no hablas con más cortesía, volveré a pegarte — contestó Pedro. — Soy el capitán de todos los muchachos de las cercanías y ya comprenderás que no puedo permitir que un muñeco como tú me hable con tal descaro. Pídemé perdón. Y, si no lo haces en seguida, cortaré un palo y te daré una buena lección.

El príncipe estaba pasmado, porque nunca se le pudo ocurrir la idea de que alguien le hablase de aquel modo. Pe-

dro tenía un aspecto tan temible, que, al fin, se asustó.

—Perdóname — dijo de mala gana. — Ahora indícame el camino de mi casa.

—No puedo — contestó Pedro. — Me está esperando mi padre para comer. Si quieres, sígueme y comerás. Luego te acompañaré hasta salir del bosque, porque, de lo contrario, te extraviarías.

De este modo el príncipe siguió humildemente a Pedro, el hijo del leñador, y lo acompañó a su casa.

—Procura hablar con respeto a mi madre o te pegaré otra vez — le advirtió Pedro. — Es la mujer más buena del mundo, de modo que un chico descortés como tú habría de sentirse muy honrado de conocerla.

El príncipe no pudo replicar siquiera. Miraba a hurtadillas a su compañero y, por más que éste le había golpeado, no pudo menos que decirse que era un muchacho muy simpático.

La madre de Pedro acogió muy bien al príncipe. Era una mujer pequeñita que sonreía de un modo muy agradable, de manera que al príncipe le pareció muy simpática.

—Te presento a mi amigo Animal — dijo Pedro. — Se ha extraviado. Por eso lo he traído a casa y luego lo acompañaré para mostrarle el camino.

—Bien. Ahora id a lavaros las manos — les dijo la buena mujer.

Aníbal se dirigió a la bomba en compañía de Pedro, y por vez primera en su vida se lavó él solo las manos.

—Me gustaría que no me llamasen animal — le dijo a Pedro. — Mi nombre verdadero es Aníbal Jaime y deberías esforzarte en ser cortés conmigo.

—Con gusto lo sería si te condujeras como un verdadero príncipe — le contestó Pedro. — Pero no es así. Eres un niño mal criado, grosero, y demasiado presumido.

Aníbal, ceñudo, le dió un puntapié, como solía hacer con su aya. Pero Pedro no se resignó, como hacía aquella mujer,



Aquel muchacho hizo caer al príncipe

sino que le devolvió el puntapié con tal fuerza, que el príncipe se echó a llorar.

—Eres un cobarde — exclamó Pedro desdeñosamente. Ni siquiera mi hermanita lloraría como tú.

Aníbal se metió en la casa y, dirigiéndose a la madre de Pedro, le dijo:

—Su antipático hijo me ha dado un puntapié.

—No habérselo dado tú primero — le contestó la madre.

—No seas tonto. Mira, mi hija Isabel, se está burlando de ti.

Aníbal vió que una linda niña se reía alegremente.

—¡Tonto! — exclamó. — ¿No sabes que Pedro es el rey de todos los muchachos que hay por aquí? Te advierto que si no eres cortés con él, te castigará.

Al príncipe le parecía estar soñando. Percibió un agradable aroma de comida y, secándose los ojos, se sentó a la mesa. La madre puso un poco de carne y de salsa en un plato y lo entregó al príncipe, para que lo pasara a Isabel; pero éste se lo guardó para sí, pues estaba acostumbrado a que en palacio lo sirvieran en primer lugar.

—¿Acaso no conoces la urbanidad? — preguntó Pedro— ¿No te han enseñado en Palacio que, ante todo, hay que servir a las señoras? Este plato es de Isabel.

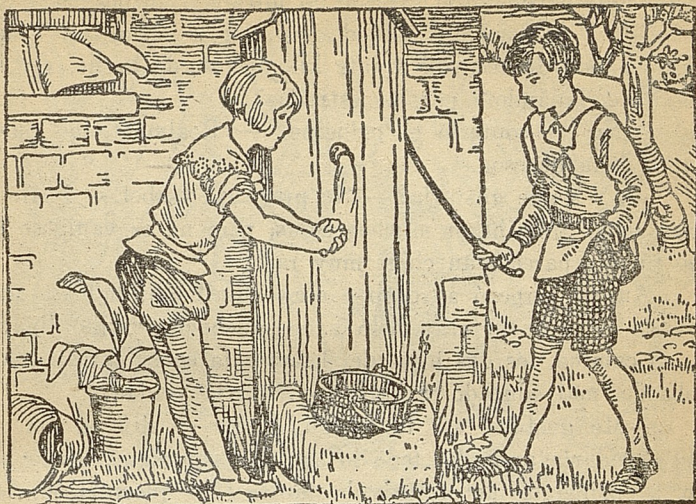
Aníbal se sonrojó, comprendiendo por vez primera, que sus modales eran muy descorteses. Y se avergonzó de haber merecido aquel reproche.

—Lo siento mucho — dijo volviéndose a Isabel.— Perdóname.

Después las cosas marcharon algo mejor. Pedro habló de los pájaros y de los animales que había en el bosque e Isabel le dió detalles de su jardín.

La madre vió que todos comían contentos y satisfechos, y el príncipe lo hizo con mucho gusto. Al terminar hicieron un descubrimiento muy desagradable.

Aníbal había amarrado muy mal su caballo a un árbol



Aníbal, por primera vez en su vida, se molestó en lavarse las manos

y el noble bruto no se veía en parte alguna. Así, pues, el príncipe no tendría otro remedio que volver a pie a palacio.

—No te apures — le dijo Pedro. — Isabel y yo te acompañaremos. No te hará ningún daño andar un poco.

Aníbal tuvo la buena idea de dar las gracias a la madre de Pedro por la bondad con que le había tratado y luego los tres echaron a andar. El príncipe, que, después de comer, se sentía mejor, empezó a fanfarronear.

—Has de saber que soy muy inteligente — dijo. — Mis profesores aseguran que sé muchas más cosas que otro muchacho cualquiera del reino. Además, soy valiente y muy fuerte.

—¿Que eres inteligente? — exclamó Pedro. — Pues bien, dime cómo se llama esta flor. Y también el nombre de ese pájaro. ¿Puedes indicar a Isabel qué diferencia hay en-

tre el nido de un tordo y el de un mirlo? ¿Sabrías hacer una mesa para tu madre? ¿Puedes ayudar a cortar un árbol? ¿Eres capaz de recorrer veinte kilómetros, de noche, sin extraviarte, guiándote por las estrellas?

—No — contestó el príncipe. — Realmente no puedo hacer nada de eso.

—¿Y no te gustaría? — le preguntó Isabel. — Pedro es muy listo. Sabe hacer muchas cosas, pero no es vanidoso como tú. Me pareces un chico muy raro.

Aníbal empezó a sentirse algo humillado; habíase imaginado siempre ser muy listo y un muchacho extraordinario, y, en cambio, los dos hijos del leñador lo consideraban tonto, cobarde, mal educado y fanfarrón. ¿Sería verdad?

—Me gustaría ser tu amigo, Pedro — dijo al fin. — Me agradaría aprender todo lo que sabes, aunque, desde luego, al principio me costaría bastante. ¿No querías tú, Isabel, ir a palacio a jugar conmigo?

—¡De ninguna manera! — contestó Pedro. — Mi madre no nos lo permitiría, aunque nosotros fuésemos bastante vanidosos para desearlo. Pero, en cambio, estoy seguro de que te dejaría venir a jugar al bosque con nosotros, si te daban permiso para ello. Me parece que en cuanto sepas portarte bien, no serás antipático.

Aníbal se sonrojó de placer al oír tales palabras de Pedro, pues tenía en mucho la opinión de su compañero.

No tardaron en encontrar dos criados del palacio que andaban buscando al príncipe. Este se despidió de sus nuevos amigos y continuó su regreso. Y ya se puede imaginar cuánta fué la alegría de sus padres.

—¡Pobrecillo! — le decían. — ¡Qué estúpido ha sido el profesor, dejándote marchar así! Lo haremos castigar. ¿Te han tratado bien los niños del leñador? ¿Con todo respeto?

—Sí — contestó el príncipe. — No llores más, mamá, y no castigues a nadie, porque el único culpable soy yo. Me



— Isabel y yo te acompañaremos — dijo Pedro

escapé con toda intención. Y ahora te pido que me dejes ir a jugar con Pedro y con Isabel.

Los reyes se miraron asombrados, pues hasta entonces el príncipe nunca confesó ninguna de sus faltas y además les extrañó su deseo de ir a jugar con los hijos de un leñador. ¿Qué le habría ocurrido?

El niño no se los dijo nunca. Mas, a partir de entonces, se convirtió en un muchacho cortés y bondadoso. Despidió al pobre muchacho encargado de recibir las palizas, jurando que si merecía alguna la sufriría él solo. Y rogó tanto a sus padres que les permitiesen ir a jugar con Pedro y con Isabel, que, por fin, alcanzó su consentimiento.

—No comprendo por qué le gustará jugar con esos niños. Se burlan de él y no le tratan como corresponde a un príncipe. Además, le enseñan cosas muy tontas. Le hablan

de pájaros, de flores, de estrellas y de vientos y también cómo se hacen algunos trabajos manuales. Me temo que todo eso será muy perjudicial para nuestro querido príncipe.

Pero la reina se equivocaba. En cuanto al príncipe, no lo habríais conocido un año después. Y el día más orgulloso de su vida fué aquel en que Pedro le dijo:

—En adelante, ya no te llamaré Animal. Es un nombre que no te conviene.

—Gracias, Pedro — contestó el príncipe. — Ahora comprendo cuanta suerte tuve cuando, hace un año, me derribaste del caballo al suelo.

—En ese tiempo eras demasiado altivo, demasiado orgulloso — le dijo Pedro. Creías que todos éramos esclavos tuyos. Yo me sentí lleno de furor cuando me atropellaste, por eso decidí darte una lección que te sirviera de algo.

—Y me ha servido muchísimo — contestó el príncipe Aníbal. Pero, en fin, mi querido Pedro, no hablemos de eso ahora. Somos amigos y no hay para qué recordar lo pasado. Quiero que, en adelante, seamos cada vez más unidos, tal como deben ser los amigos verdaderos.

Pedro, al oír estas palabras del príncipe, se sintió muy contento y le dió un abrazo bastante fuerte, para demostrárselo.

En seguida, para sellar ese pacto de amistad que se hacían ambos muchachos, se fueron a jugar, no sin antes llamar a Isabel para que los acompañara.

Llegaron al bosque y, bajo unos árboles, se detuvieron un momento.

—¿A qué jugamos? — preguntó Isabel.

—Juguemos al escondite — dijo Pedro. Este es un juego que me gusta mucho, porque suele ser bastante emocionante, sobre todo cuando se le juega aquí, en el bosque, en la soledad más completa.



PITIPITI

sale a

trabajar

*Aquí estoy, pegado en el
tarro de dulce, grito
Pitipiti*

Ni en su caja de zapatos, ni debajo de una almohada, ni lebañó de un cucharón...

¿Dónde está Pitipiti? Pitipiti, tan pequeñito que se esconde detrás de una pluma.

La madre lo busca y lo llama, lo llama y lo busca; pero no va de un lado a otro, porque lo puede pisar.

—¡Adiós, mamá! — Y es Pitipiti en el umbral, que levanta, saludando, el sombrero de media cáscara de avellana—. ¡Adiós, mamá; me voy a trabajar!

Y de un salto se pierde entre el césped.

La madre lo llama y lo busca, lo busca y lo llama, pero Pitipiti se ha ido lejos.

—Buen día, buen hombre. ¿Hay trabajo para mí?

El buen hombre mira y mira, y al fin descubre a Pitipiti.

—Sí, Pitipiti: ponte a zarandear carbón. En un día moverás una palada.

—¡Ah, no! Porque me pondré negro, negro de polvo de carbón. ¡Ese trabajo no me gusta!

Y Pitipiti sigue su camino, escondiéndose entre el césped para que las golondrinas no lo vean y lo corran a picotazos.

—Buen día, buen hombre. ¿Hay trabajo para mí?

—Sí, Pitipiti: trae harina y lleva harina.

—No, porque me pondré blanco, blanco de polvo de trigo. ¡Ese trabajo no me gusta!

Saluda quitándose la media cáscara de avellana y sigue andando.

—Buen día, buen hombre. ¿Hay trabajo para mí?

—Sí, Pitipiti: parte ladrillos, un ladrillo por día.

—No, porque me pondré rojo, rojo de polvo de ladrillo. ¡Ese trabajo no me gusta!

Y otra vez Pitipiti en camino.

—Buen día, buen hombre. ¿Hay trabajo para mí?

—Sí, Pitipiti: revuelve el jarabe para el caramelo.

—¡Ese trabajo sí me gusta! ¡Confites y confituras! ¡Jaleas y mermeladas!

Alto es el tarro, espeso el jarabe, chico Pitipiti. Da un salto y se cuelga del borde del tarro. Se cuelga y no se descuelga. No se puede descolgar, porque el jarabe es espeso y Pitipiti se queda pegado de las manos al borde del tarro.

Como dos lenguas de víboras se agitan en el aire las piernas de Pitipiti.

Ya no se puede escapar.

¿Qué va a hacer, pegado en el tarro de mermelada? Es tan chiquitito, que corre el peligro de que nadie lo vea y, con una cuchara, lo coja como a una gotita de almíbar y lo meta dentro del tarro. ¡Esa sí que sería desgracia grande!... Y lo revolverían como si fuera un durazno al jugo. Y después se lo comerían vivo... ¡Horror! Pitipiti siente miedo, entonces, y comienza a gritar. Pero su voz no es muy fuerte, de manera que nadie la escucha.

—¡Y yo que quería servir para algo! — piensa, muy triste, Pitipiti. Por eso salió a trabajar, sin darme cuenta de la desgracia que podía caerme encima...

Mientras Pitipiti pensaba así, pasó a su lado el confitero. Pitipiti le gritó, para que acudiera en su auxilio; pero el hombre siguió de largo, sin oír los gritos del pobre Pitipiti.

La madre del niño, extrañada de no verlo por ninguna parte, comenzó a buscarlo afanosa.

—¡Pitipiti! ¡Pitipiti! ¿Dónde te has metido? — le llamaba, llena de angustia. Y como nadie le respondía, resolvió salir en su busca. Anduvo por muchas partes. El carbonero le dijo que Pitipiti había pasado por ahí y que luego se había marchado, en busca de otro trabajo más de su gusto. Igual cosa le dijeron el harinero, el albañil de los ladrillos, y la madre no sabía qué partido tomar. De esta manera llegó hasta el confitero, que al ser interrogado dijo que por ahí tenía a Pitipiti trabajando.

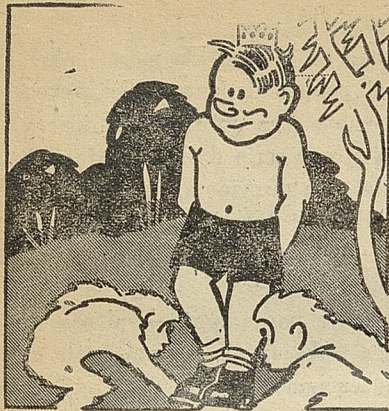
—¿Dónde está? Quiero verlo para llevármelo a casa — díjole la madre.

—¡Aquí estoy, pegado en el tarro de dulce! — gritó Pitipiti.

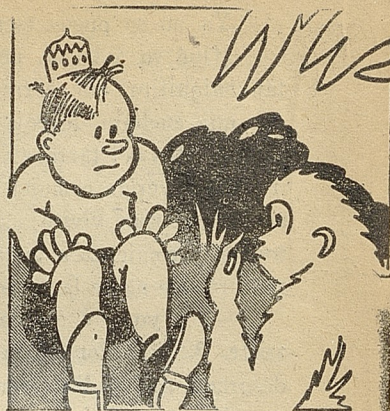
La madre alcanzó a oírlo y acudió al sitio en que el infeliz Pitipiti se encontraba. Con gran trabajo consiguió despegarlo, sin herirlo. Después se lo llevó en brazos hasta su camita.

Chascón contra Tarzán.— EL DRAGON DEL MAGO FEO

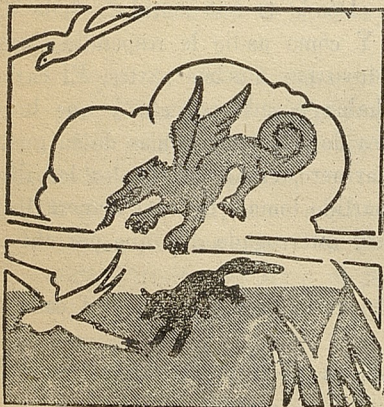
Episodio



1.—En el País de los Monos, Chascón se convirtió en rey, después de haber vencido a Tarzán. Chascón estaba muy contento con su corona y soñaba hacerse cada días más famoso.



2.—Un día, el Mono Primer Ministro llegó hasta el trono de Chascón, y le dijo que el Mago Feo, para hacerles la guerra, había convertido a Tarzán en un dragón horrible, capaz de devorarse toda la selva.



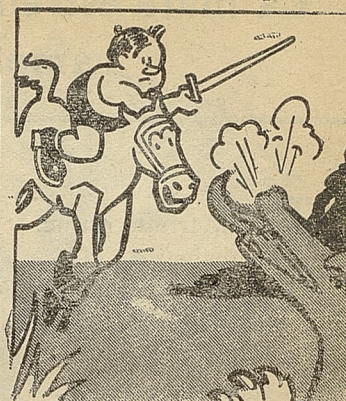
3.—El dragón avanzaba por el valle, en busca de los monos, para exterminarlos. A su paso, animales y pájaros huían a esconderse, llenos de miedo.



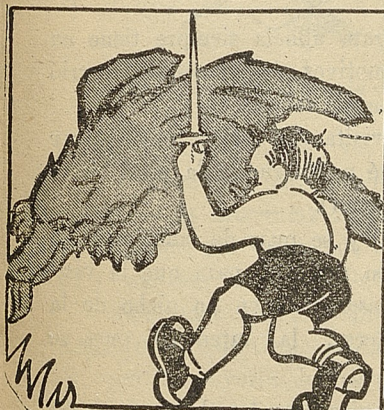
4.—Chascón reunió a sus capitanes y les dijo que él combatiría con el dragón. Estaba seguro de vencerlo. Para algo se llamaba Chascón el Invencible. Los monos le pidieron que se pusiera una coraza; pero Chascón no quiso.



5.—Salió en un caballito blanco y con una filuda espada al cinto. Cuando llegó al valle, divisó, allá lejos, el fuego que salía del hocico del dragón.



6.—Al ver que Chascón venía encuentro, el dragón rugió de gria, mostrando sus enormes millos. Pero Chascón ni pestaquiera.



7.—Con su espada filuda y valerosa, Chascón le cortó la cabeza al dragón de fuego. Entonces oyó a Tarzán, que le pedía perdón desde las entrañas del monstruo.



8.—Chascón hizo salir a Tarzán de su escondite y se lo llevó cadenado a su país. Esta nueva victoria lo llenaba de gozo, de neta que se fué cantando por camino, seguido a duras penas por Tarzán...

Vea en el próximo número la evasión de Tarzán y la venganza que prepara

La mala estrella de una rata campesina

Trrriin, trriiin, trriiin.

Tres timbrazos.

A decir verdad, la casa de la rata no tenía timbre, ni lo tiene hasta el día de hoy, pero la visitante imitaba tan bien, con un chillido agudo y trémulo, el ruido del timbre, que podemos suponerle ese lujo.

—¿Qué impertinente llama a esta hora? — exclamó o, mejor dicho, pensó exclamar la rata abuela—. ¿Estas son horas de hacer visitas? Ya ha salido el sol. A no ser... a no ser... que pase algo grave.

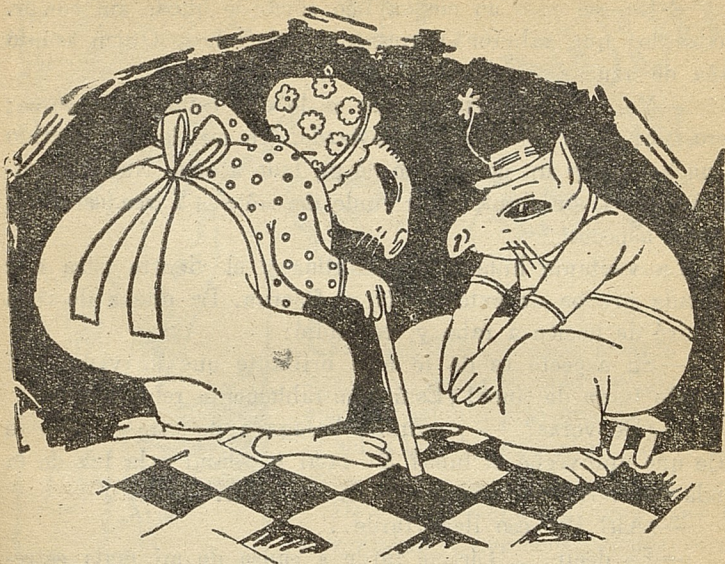
Y sobresaltada, pues una rata abuela siempre tiene en su numerosa familia muchos motivos de sobresalto, corrió hacia la entrada derribando pilas de leñitas.

—¡Ay, abuela! — dijo la visitante—. Permítame entrar en el zaguán. ¡Ay, vecina! ¡Qué negra suerte la mía! ¡Otra noche que me he quedado sin comer!

La rata abuela se incorporó y se puso de lado, como si fuera sorda de un oído; pero, en realidad, para que la visitante no viese dos choclos que asomaban en un nicho de la galería. La otra adivinó, al parecer, la intención, pues se apresuró a decir nerviosamente:

—No vengo a pedirle nada, ni aceptaré nada... a no ser que usted insista, como buena amiga. He salido nada más que para visitar a mis relaciones por esa necesidad de simpatía que en la desgracia todos tenemos...

—¡Bah! — dijo la rata abuela, con su tono más afectuoso. Una noche sin comer no es nada... Más bien resulta



Cuando las ratas tienen mala suerte dicen que tienen mala estrella

saludable. El ayuno de vez en cuando purifica la sangre.

—¡Pues yo estoy purificada hasta la punta de los bigotes! — le interrumpió vivamente la visitante—. ¡Es inútil! Cuando una ha nacido con mala estrella todo le va mal. ¡Yo naí con mala estrella!

(Debemos advertir que cuando las ratas tienen mala suerte dicen que tienen mala estrella. Piensan, a lo que parece, que la mayoría de las estrellas no tienen otra cosa que hacer que fastidiar a las ratas, y lo explican con razones que, aunque muy complicadas para nosotros los hombres, no valen nada).

—Sin embargo — observó la rata vieja—, anoche hubo gran luna para salir al campo a comer abundantemente.

—Y yo aproveché la luna — dijo la visitante.

—En ese caso no me explico cómo se quedó sin comer. Todos los que salieron regresaron satisfechos. Quien comió caña de azúcar, quien maíz.

—Yo fui al cañaveral, que es lo que estaba más cerca; pero, ¡mi mala estrella! Llegué tarde. Ya nos habían sentido y un hombre y un perro iban de un lado a otro. Naturalmente, me volví, sin siquiera oír ruido de cañas. ¡Y vea usted mi infeliz aspecto!

La visitante hundió las mejillas y el vientre para dar acabada prueba de extenuación y flacura. La dueña de casa la miró de hocico a rabo y respondió:

—Su aspecto es de lo más brillante que he visto. ¡Ni un pelo fuera de línea! ¡Está admirablemente relamida!

—¿De veras? — preguntó, halagada, la otra—. ¿No le dije que aproveché la luna? Me lamí y relamí a la luz de la linda luna. A bien peinada nadie me gana...

—¡Ah! Por eso llegó tarde...

—Es decir... Llegué tarde a causa de mi mala estrella. ¡Es mi destino llegar siempre tarde!

—Su mala estrella, amiga mía, no es otra cosa que su vanidad y su coquetería.

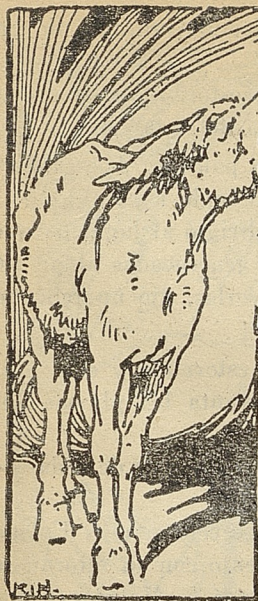
Dijo esto la rata abuela con tono tan severo que la visitante dióse media vuelta y exclamó despechada:

—¡Nadie me comprende!

Y se fué sin dejar recuerdos, sin saludar, sin volver la cabeza.

Lector, pinte todas las ilustraciones de esta

Revista, y le quedarán mucho más bonitas.



EL ESTORNUDO DEL ASNO

GALLARDO, el asno; levantó la cabeza para mirar al cielo nublado. Hacía ya bastante rato que no brillaba el sol y las nubes eran grandes y negras.

De pronto, Gallardo tuvo ganas de estornudar y, por consiguiente, cerró los ojos y abrió la boca.

En efecto, dió un estornudo tremendo. Y, al terminar, abrió los ojos otra vez y pudo notar que soplabá un viento furioso. ¡Dios mío, qué viento! Las nubes cruzaban, disparadas, el cielo, y las hojas secas, caídas de los árboles, hacían un ruido intenso al correr por el suelo.

—¡Caramba! — pensó el asno, asustado y orgulloso—. Esto es obra de mi estornudo. ¡Buen viento se ha levantado por su causa! ¡Quien lo creyera! Voy viendo que soy un asno muy listo.

Ignoraba que el viento no tenía nada que ver con su estornudo, sino que se figuraba que a causa de él pudo originarse el huracán. Estaba, pues, orgullósísimo. Enderezó las orejas, empezó a menear la cola y, al galope, se dirigió al estanque en el que nadaban los patos.

Tanto agitó las aguas el viento, que aquellos animales se

asustaron y se apresuraron a subir a tierra. Gallardo dió un fuerte rebuzno y les habló, diciendo:

—¿No sabéis que hace poco di un estornudo y que originé este viento que os revuelve el agua del estanque?

—¡Cómo! — exclamaron a coro los patos—. Si es así, te creemos un tonto. Dile al viento que no sople más.

Pero Gallardo no les hizo caso. Se dirigió al lugar en que estaban las gallinas, en aquel momento acurrucadas al pie de una mata, a causa del huracán, y, al verlas, dió un rebuzno y exclamó:

—¿No sabéis que acabo de dar un estornudo y que, gracias a eso, sopla el huracán que os levanta las plumas del cuerpo?

—¡Cac-cac-cac! — exclamó la gallina mayor de todas—. Dile al viento que no sople.

Pero Gallardo dió otro rebuzno y se echó a reír. Estaba muy orgulloso de haber levantado el viento con su estornudo.

—No, no pienso hacer eso — contestó—. Me parece que este viento es muy agradable.

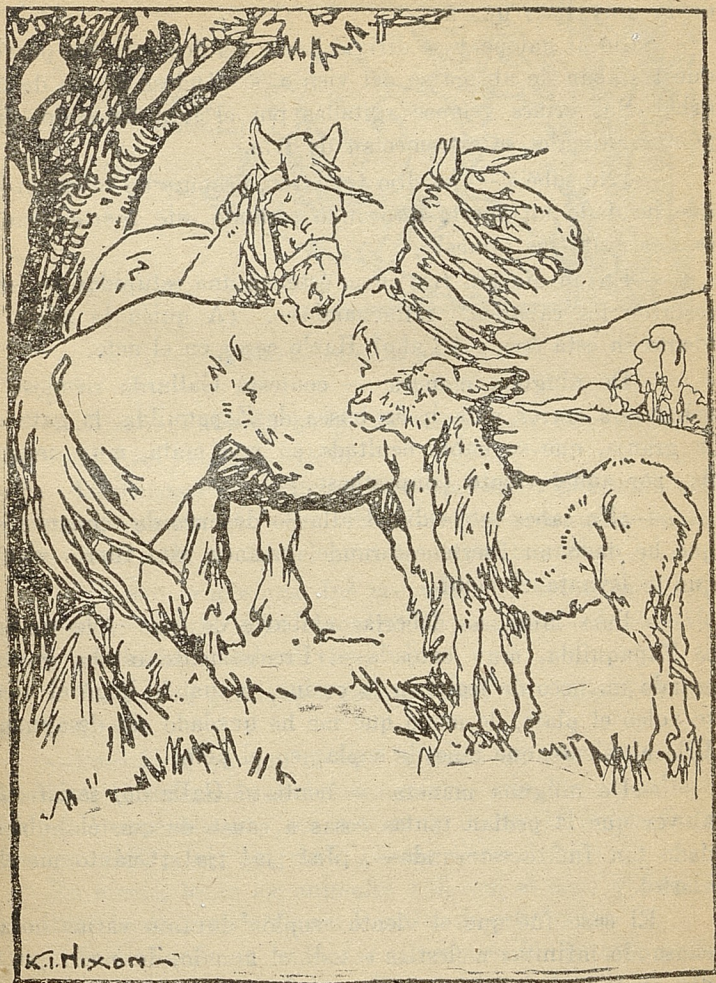
—Eres estúpido, Gallardo — exclamó el gallo, mirándolo furioso—. Fíjate en mi cola. Casi no me quedan plumas en ellas.

Pero Gallardo levantó al aire sus patas traseras y salió corriendo hacia la pociiga, en donde la señora Marrana y todos sus marranitos estaban acurrucados en un rincón, tratando de protegerse del viento.

—¿No sabéis — les dijo Gallardo, después de rebuznar—, que he dado un estornudo creando este fuerte viento que agita las pajas de vuestra pociiga?

—¡Animal! — contestó la señora Marrana, muy enojada—. Valdría más que le ordenases dejar de soplar. ¡Idiota! A nadie le gusta un viento como éste.

—¿Oh, no pienso hacer eso! — contestó Gallardo—. Es



— ¡Qué tontería! — exclamaron los caballos relinchando

mi viento y me gusta mucho. Además, eso es una prueba de lo muy listo que soy.

Salió al galope y se dirigió hacia los dos caballos pardos que trataban de abrigarse del viento, situándose al pie de un árbol. Sus crines veíanse agitadas por el huracán y los dos pobres animales se estremecían de frío.

—¿No sabéis — les dijo Gallardo, después de rebuznar—, que he dado un fuerte estornudo creando este fuerte viento que os agita las crines?

—En un día tan frío como éste, es una estupidez — contestaron los caballos, relinchando—. ¿A quién le gusta el viento en esta época del año? Hazlo cesar en el acto.

—De ninguna manera — contestó Gallardo riéndose y echando a correr para ir en busca de Zapaquilda, la gata de la granja, que se había ocultado en una mata, muy asustada, por aquel viento tempestuoso.

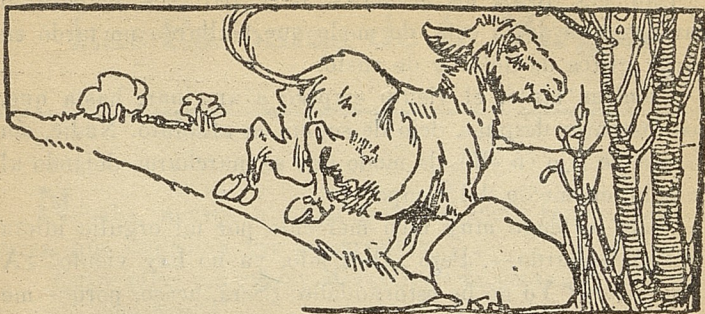
—¿No sabes — le dijo Gallardo después de rebuznar — que he dado un fuerte estornudo, creando este fuerte viento que te levanta el pelo?

—Pues mira, no deberías alabarte de eso — le contestó Zapaquilda, muy enojada—. Precisamente estaba yo tomando un poco de leche en la cocina, y cuando llegó el viento volcó el plato, de modo que me he quedado sin desayunar. Dile al viento que deje de soplar en el acto.

—De ninguna manera — contestó Gallardo, satisfecho, al ver que le pedían tantas cosas a causa de que él hubiese dado tan fuerte estornudo—. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cuánto me divierte!

El caso fué que el viento sopló durante varias horas, causando infinitas molestias a todo el mundo, de modo que el día pareció muy desagradable a todos.

A la hora de la merienda se reunieron todos los animales que había en el patio de la granja para charlar entre sí.



Gallardo salió al galope

—El asno Gallardo habrá de hacer cesar este viento — dijo uno de los caballos pardos.

—Le diremos — replicó otro — que si no estornuda otra vez, para interrumpir este viento, le daremos muy buenos tirones de la cola — dijo el pato de mayor tamaño.

Como esta proposición fué aceptada por todos los animales, echaron a andar y al encontrar al asno Gallardo, le ordenaron que hiciese cesar el viento.

—El caso es que ignoro cómo se hace — contestó el asno algo asustado.

—Pues bien, ya que tú eres la causa de que esté soplando, tienes la obligación de interrumpirlo — le dijo un gallo—. Te rodearemos ahora y, en cuanto te demos la orden, lanza otro estornudo a ver qué pasa. ¿Estás dispuesto?

En efecto, todos los animales rodearon al asno y después de contar hasta tres, le dieron la orden de estornudar.

Pero Gallardo no pudo dar un estornudo, porque, según ya se sabe, no es posible hacerlo a voluntad. Cerró los ojos, abrió la boca y se esforzó de mil maneras, pero no lo consiguió.

—No puedo estornudar—dijo al fin.

Entonces, todos los animales, muy irritados, empezaron a darle tirones de la cola, de modo que Gallardo no tardó en proferir gritos de dolor y de susto.

Mientras tanto, el viento empezó a amainar, hasta que, pocos instantes después, dejó de soplar en absoluto. Nadie, sin embargo, se fijó en ello, de modo que se marcharon dejando al asno solo, en medio del campo.

—Me lo tengo muy bien merecido por mi orgullo idiota — pensó Gallardo—. Pero ¡Dios mío, ya no hay viento! ¿A qué se deberá? Yo no he estornudado. ¿Será, acaso, porque me tiraban de la cola? Valdrá más no darlo a entender a nadie, porque, de lo contrario, quizá cuando volviese a soplar el viento viniesen a tirarme del rabo, para hacerlo cesar.

En efecto, guardó un silencio absoluto acerca de su sospecha, y como nadie, por otra parte, se fijó en ello, en adelante lo dejaron en paz y en cuanto a él mismo no volvió a enorgullecerse de que era capaz de hacer soplar el huracán con un estornudo.

NO OLVIDE QUE TODAS LAS ILUSTRACIONES DE LA REVISTA GANAN MUCHÍSIMO SI UD. LAS COLOREA CON BUEN GUSTO

Las Palomas de la Virgen



Nevaba, nevaba a copos menudos, pero tantos y tan de prisa, que impedían ver la carretera.

Entre ellos vió cruzar Miguelito una blanca figura transparente, que corría.

—¡Chist! ¡Chist! ¡Gabriel!

El ángel volvió hacia el niño sus ojos azules, que rieron complacidos, y sin pisar el suelo entró en la casa sacudiéndose los copos de nieve que se le habían enredado en los cabellos.

—¡Qué bien se está aquí! — dijo, al sentir el calorcillo de la leña que ardía en el hogar.

Miguelito acercó un banco para que se sentara el ángel, y le secó los pies con unos trapos, mientras el *Morito*, su perro, se echaba en el suelo para servirle de almohadón.

—Venía a buscar unas palomas para la Virgen — le dijo el ángel.

—¿Y te creías que las ibas a encontrar andando por el campo? Las palomas se están quietas en su casa cuando hace frío.

Gabriel sonreía con inocencia y no contestaba, porque los ángeles son así: tan pronto parece que lo saben todo como que son bobos.

Miguelito echó en la lumbre unas ramas y las llamas lo iluminaron todo de luz roja. Las alas del ángel se volvieron rosadas; como de carne.

El niño miró a la carretera a través de los cristales, y vió que ya no nevaba.

—Si me esperas aquí — dijo a Gabriel — iré yo al pueblo y traeré las palomas.

—Bueno...

Miguelito se puso al cuello una bufanda llena de agujeros, metió las manos en los bolsillos y salió al camino, con el Moro detrás.

—¡Gabriel! — dijo antes de cerrar la puerta—. No te vayas a embobar rezando y dejes apagar la lumbre.

—No. Vete tranquilo — dijo el ángel, siempre riendo.

Y Miguelito, mientras iba hacia el pueblo, se puso a silbar una canción que empieza así:

*A la mata, mata,
romero verde.
Que el romero se seca
y no hay quien lo siegue.*

Miguelito se fué al mercado.

Era una gran plaza con el techo de madera y llena de puestos, donde se vendían flores y pájaros.

Una mujer tenía en un puesto un jaulón lleno de palomas blancas.

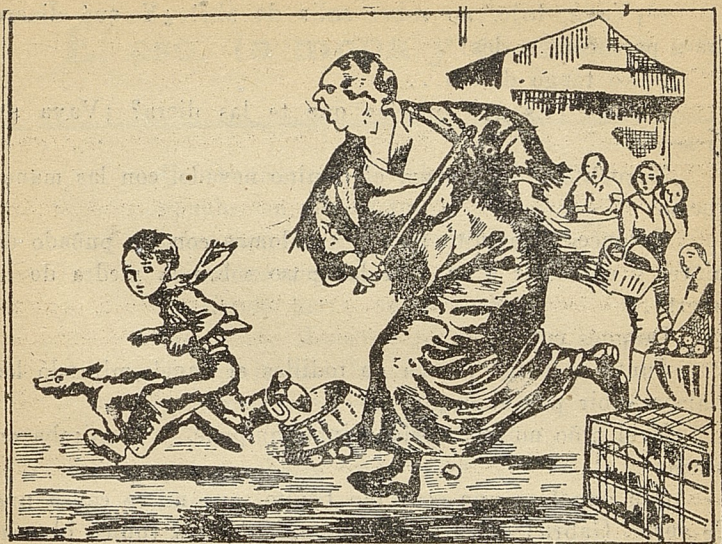
—¿Me da usted una pareja de palomas? — le dijo el niño.

—¿Cómo las quieres, pequeñas o grandes? Esta pareja vale cuatro pesos.

—¡No tengo dinero! ¿Me las da usted sin dinero?... Son para el ángel Gabriel.

—¡De mí no se ríe nadie! ¡Largo de aquí o te rompo la cabeza! — gritó la mujer, furiosa.

Miguelito tuvo que correr, porque le perseguía con un palo.



La vieja persiguió a Miguelito con un palo

Ya en la calle, se sentó a cavilar.

—¿Dónde iré?... Si la sirviente del cura tuviera palomas.

Y llamó en su casa.

—Yo venía por unas palomas.

—¿Y para qué quieres tú palomas?

—Para el ángel Gabriel.

—¿Eres devoto? Así me gusta... Pero más te vale mandar decir una misa al señor cura o regalarle al ángel una libra de cera... ¡Pobrecito Miguel!

—¿Me pudiera usted dar unas palomas? — repitió el niño.

—¿Qué manía! ¿No te digo que es mejor una misa?

—¿Me puede usted dar las palomas? — volvió a decir el niño.

—¡Vaya, hijo, no saber salir de ahí! ¿Y qué dinero traes para comprarlas? —

—No tengo dinero...

—¡Ah! ¿Es que querías que te las diera? ¡Vaya un fresco!

Miguelito se volvió por el camino nevado, con las manos vacías.

Entonces Miguelito hizo dos palomas con un puñado de nieve, y al llegar a su casa las puso sobre la piedra de la puerta.

Después entró.

Junto al fuego rezaba de rodillas el ángel, mirando las llamas subir por el hogar...

Y el niño no se atrevía a interrumpirle, y le miraba en silencio.

¡Un ángel es una cosa tan bonita, que no se cansa uno de verle! Gabriel era alto y rubio. Tenía una túnica blanca, que parecía rosa a la luz de las llamas, y unas alas tan grandes que llegaban al techo...

—¡Ya estoy aquí! — dijo Miguelito.

—¿Y las palomas? — preguntó Gabriel.

—Las palomas... pues las he dejado en la puerta....

—¿Serán blancas?

—¡Eso sí! Como la misma nieve...

—¡Pues tráelas!

Miguelito salió a la puerta y vió que las dos palomas de nieve aleteaban con sus plumas blancas, tiritando de frío...

Las acarició entre sus manos y sintió el calorcillo de sus corazones, que palpitaban...

El niño se las entregó al ángel, que las recibió, sonriendo de sus manos, y se levantó para marcharse.

—¡Gracias! Cuando necesites de mí, llámame, Miguelito — le dijo el ángel, lleno de agradecimiento.

El oso, la mona y el cerdo

Un Oso con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
dijo a una Mona:—"¿Qué tal?"
Era perita la Mona
y respondióle:—"Muy mal".
—"Yo creo — replicó el Oso,
que me haces poco favor.
Pues qué, ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?"
Estaba el Cerdo presente
y dijo:—"Bravo! ¡Bien va!
Bailarán más excelente,
no se ha visto ni verá"—
Echó el Oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:
—"Cuando me desaprobaba
la Mona llegué a dudar;
mas ya que el Cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar".
*Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aprueba: ¡malo!
si el necio aplaude: ¡peor!*

Tomás de Iriarte.

Esopo, el esclavo que sabía contar historias

Hubo una vez, antes de que Jesús viniera a la tierra, un hombre muy feo, contrahecho, silencioso. Se llamaba Esopo, era esclavo y pasaba sus días y sus noches trabajando duramente. Su patrón, un tal Jadmon de Samos, se dió cuenta de que este esclavo feo era un hombre muy inteligente. Un día lo llamó y le dijo:

—Voy a darte la libertad, Esopo. Eres un hombre que mereces como nadie ser libre, dueño de sus actos y de sus pensamientos.

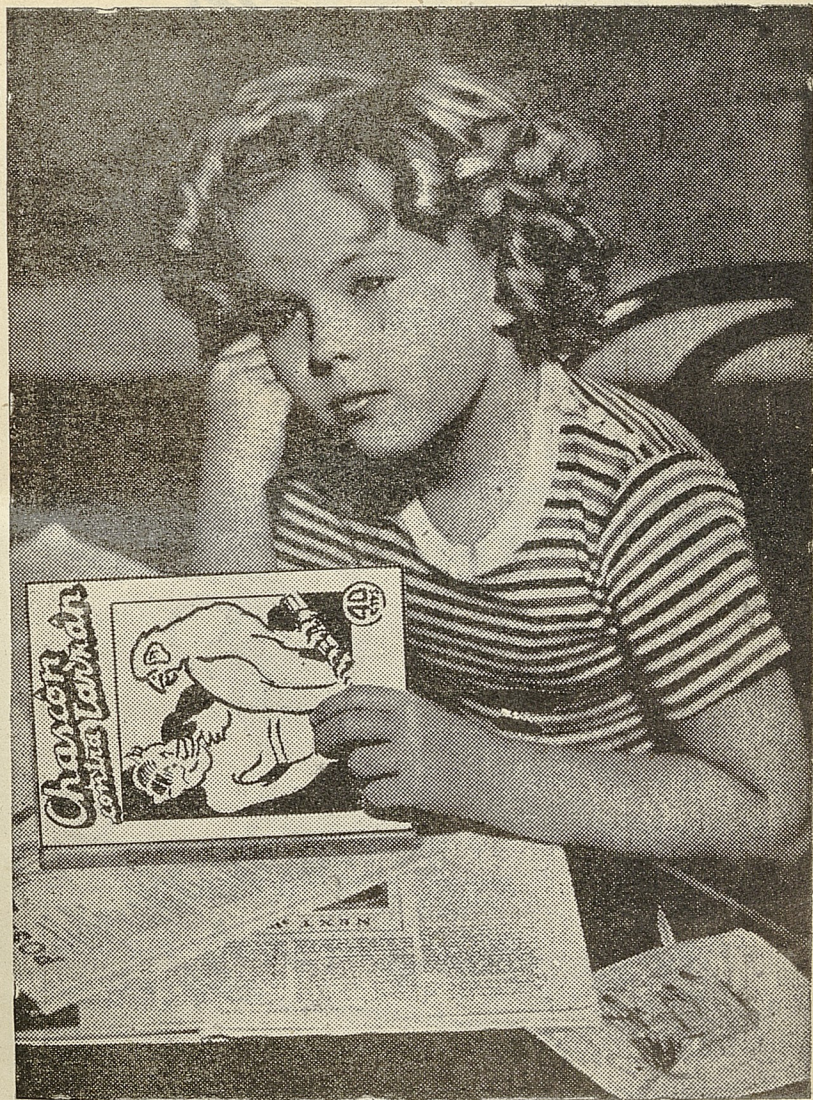
Esopo le dió las gracias y se sintió muy alegre. Tanta fué su alegría que se puso más feo que nunca, al reir de puro regocijo.

Desde ese día, Esopo comenzó a contar por todas partes las lindas historias que había inventado durante su esclavitud. Sus historias asombraban a todo el mundo. Eran realmente bonitas.

Un día lo mandaron a Delfos, una ciudad que tenía mucha importancia y Esopo empezó a contar allí también todo lo que había inventado. Los habitantes de Delfos no le comprendieron y se indignaron en su contra.

Decididos a deshacerse de él, lo tomaron preso y lo mataron.

Pero sus historias han sido conservadas y todavía se cuentan con agrado. CHASCON se las contará a sus lectores un día de estos.



SHIRLEY TEMPLE, la niñita que hace tan hermosas películas, se siente muy entretenida leyendo la historia de CHASCON contra TARZAN

*Para
Colorear*



*Conejito salió a pasear por el campo y se encontró un
huevoito. Píntelo y verá lo lindo que queda*